

INDICE

PAGINAS	CONTENIDOS
5	I. Proyectos para lo futuro
11	II. La casa
19	III. La herencia
23	IV. La Orlonina
23	V. El misionero
41	VI. El rabio y el dolo
47	VII. Golpe de fortuna
53	VIII. La vuelta
67	IX. Paris
73	X. Poder del oro

LA CAJA DE ORO

POR MADAMA DE GOMEZ.

M. L.

LA CAJA DE ORO.

---

No hay deseo mas cruel que el de la venganza, cuando una vez se ha apoderado del corazon; y la sola idea de las desgracias en que uno se expone á caer queriendo satisfacerle, deberia obligar á los hombres á garantirse con cuidado de cobrarse odio uno á otro, puesto que es el manantial de todas sus penas, destruyendo los mas sólidos fundamentos de la sociedad, y que se convierte á menudo en el origen de la desgracia de sus hijas.

El marqués da Salvian y el conde de Sonde eran dos ricos señores del Rousillon: sus tierras, que estaban á corta distancia de Perpiñan, pasaban por las mas considerables del pais. y la magnificencia con que vivian habria ofrecido á sus amigos una fuente inagotable de placeres, sin la cruel enemistad que reina baentre ellos. Esos dos señores, arrastrados

por una antipatía recíproca, fijaban toda su atención en destruirse. Los límites de sus tierras, los de su casa y las prerogativas de los derechos señoriales que pretendían tener en perjuicio uno de otro, fueron al principio los motivos que sirvieron de pretexto á su odio; pero las cosas llegaron á tal exceso por parte del conde de Sonde, hombre violento, terco y de un carácter difícil, que el marqués de Salvian se vió obligado á trabajar en su pérdida para impedir la suya propia; y como tenía poderosos amigos en la corte, redujo bien pronto á su enemigo al último extremo. En efecto, el conde se vió en menos de un año privado de todos sus bienes, perseguido en su honor y forzado á abandonar su patria: Ese golpe infortunado había sido precedido de la muerte de una esposa que le era cara, á quien el nacimiento de una hija única había costado la vida. Esta inocente criatura, que aun no tenía un año, no fué capaz de detener al conde. El dolor de la pérdida de su mujer y la desesperación de su estado ahogaron en su corazón los impulsos de su naturaleza y le hicieron dejar á su hija sin cuidarse de lo que sería de ella. Sin embargo, en el momento de su marcha impelido por la ternura paternal, la besó bañando su cara de lágrimas; y le puso en el brazo una cajita de oro cuyo secreto sabía él solo, recomendando á su nodriza que jamás se la quitase: y repartiendo

con ella una parte de los restos de su fortuna; partió y salió del reino sin que nadie pudiera saber adonde había dirigido sus pasos.

Habiendo su fuga indispuerto aun mas los ánimos contra él, sus enemigos, y con especialidad el marqués de Salvian, no omitieron nada para que no tuviera ningún recurso. Sus tierras fueron vendidas y sus bienes confiscados; y lo que él habría podido salvar con su presencia, fué saqueado por la justicia. La nodriza de la jóven Elena, así se llamaba la hija del conde, no viendo ya asilo para ella y temiendo que el furor del marqués de Salvian llegase hasta el punto de arrancarle aquella niña, hizo correr la noticia de su muerte y se retiró al lado de un hermano que tenía en un pueblo llamado Elne, en las cercanías de Perpiñan. El marido de esa mujer acababa de morir, por lo que, libre de su persona y creyendo poder criar á Elena en aquel pueblo sin ningún peligro, ocultó á su hermano su nombre y su nacimiento.

Thibaut, así se llamaba el paisano, era un hombre honrado. Su nacimiento rústico y su vida grosera no habían producido sus efectos mas que en el exterior: un mal lenguaje y maneras lugareñas en un alma digna de otra suerte. Generoso, tierno, compasivo, lleno de sensatez y franqueza, recibió á su hermana y á la niña Elena con entrañas de padre,

y encantado de serles útil, solo se ocupó del cuidado de aliviarlas sin cuidarse de los motivos de su miseria. Estaba viudo y sin hijos, y varios caseríos que había tomado en arriendo y que su trabajo asiduo había hecho valer, le habían puesto en estado de comprar una pequeña posesion en el pueblo de Elne, en donde vivia bastante cómodamente con su trabajo.

Ese fué pues el retiro que escogió Marina, hermana de Thibaut y nodriza de Elena. El buen hombre, encantado de esa compañía que venia á compartir su soledad, hizo á su hermana una acogida llena de amistad y, sin preguntarla nada, se contentó con saber de ella que habiéndosele confiado la niña sin conocer á sus padres, la había criado con cuidado, habiendo recibido de los desconocidos que se la habían entregado una gruesa suma de dinero; y que desde entonces, no habiendo oido hablar de nadie que la reclamase, y habiéndola cobrado un amor de madre, había venido á su casa para estar allí mas tranquila á sus anchuras, en atencion á que se habían aminorado sus recursos con la muerte de su marido. Thibaut la consoló, la dió gracias por su confianza, y le aseguró que no le faltaria nada. En efecto, cobró tanto afecto á la niña Elena, que la llamaba su hija, y queria que ella se acostumbra-se á llamarle su padre.

Seis años trascurrieron de esa suerte, y en ese intervalo Elena se hizo tan bella, y con sus gracias infantiles daba tantas muestras de su ilustre origen, que Thibaut, por un principio de religion, se creyó obligado á darle una educacion cási conveniente á lo que ella podia ser.

—No corremos ningun riesgo en educar á Elena como una niña de alta condicion, dijo á su hermana. Si el cielo le ha hecho nacer tal, no tendremos que vituperarnos el haberla hecho una aldeana; si su origen no es noble, tendremos el placer de hacerla digna de algun buen partido, y en todo caso, se me figura que vale mas educar una lugareña como una persona de distincion, que el educar una niña de distincion como una lugareña.

Este discurso, inspirado por sentimientos de honor y dictado por la sensatez, causó un extremado placer á Marina, que no habia osado manifestarle el deseo que tenia de dar cierta educacion á aquella niña. Sin embargo, como Thibaut habia sido mucho tiempo arrendatario del marques de Salvian, no quiso jamás decirle nada que pudiera hacerle sospechar el nacimiento de Elena: pero temiendo los ojos de personas mas ilustradas, le respondió que aprobaba su designio, que solamente era preciso reflexionar que el misterio observado cuando se la dieron á criar era una prueba infalible de que habia algo que temer

y que de consiguiente era preciso no exponerla á las miradas de ciertas gentes.

El bondadoso Thibaut comprendió desde luego de qué se trataba, y halló expedientes á todo, no dando á Elena mas que maestros de aldea. Así quedó convenido que el maestro, que por fortuna era el mas sabio, le enseñaria el latin, que el sochantre de la parroquia le enseñaria la música, y que el ministril le enseñaria el baile. Este proyecto se ejecutó al pié de la letra, y todos los momentos de Elena fueron empleados en la perfeccion de su bello natural, como decian Thibaut y Marina; pero bien pronto vieron estos con asombro que la naturaleza, en esa ocasion superaba al arte, y que la discípula perfeccionaba á los maestros, pues Elena se habia hecho en muy poco tiempo muy superior á los que la enseñaban y hasta les mostraba cosas que ignoraban. La hermosura, cuyo brillo se unia á todas las otras prendas, la dulzura y la obediencia con que llenara sus deberes hácia Marina y Thibaut, le granjearon el afecto de estos de tal modo que hacian de ella su divinidad y parecian no respirar sino por ella.

Pero cuando mas perfecta iba siendo, tanto mas la ocultaban de las miradas del gran mundo, esperando siempre que alguna feliz aventura cambiase su destino. Elena habia llegado á los quince años, cuando Marina fué atacada de una enfermedad mortal. Thi-

baut no descuidó nada para su cura, y la jóven Elena, que la creia su tia, la hizo ver con sus tiernos cuidados lo muy cara que le era su vida; pero las atenciones de uno y otro no pudieron salvarla, y la fiel criada de la condesa de Sonde, sintiéndose próxima á espirar, llamó cerca de su lecho á Thibaut y Elena, y, reuniendo todas sus fuerzas para abrazarlos, dijo:

—Hermano mio, la muerte va á separarnos muy pronto y á quitarme la esperanza de reconocer las obligaciones que te debo; te dejo en la persona de Elena un tesoro que te recompensará de tus generosas bondades. No permitas que ella se case nunca con un hombre de poco valer; es de sangre ilustre, mi deber y mi fidelidad me han forzado á hacerte un secreto de su nacimiento. Su padre quizás vive aun, y la reclamará algun dia. Como quiera que sea, Elena lleva en su brazo un presente de su mano que le facilitará su reconocimiento, porque él solo tiene el secreto en esa caja, y como tú me has dado demasiadas pruebas de tu afecto hácia ella para temer que jamás la expongas á los ojos de sus perseguidores, te declaro que es hija del conde....

No pudo concluir: una debilidad general la hizo caer como muerta en los brazos de la triste Elena, que creyó morirse viendo perecer con ella una declaracion tan necesaria á su reposo.

Thibaut, por su parte, estaba en una verdadera desesperacion por haber sabido tan tarde una cosa que creia haber merecido se la confiaran antes. Sin embargo, hizo poner en práctica todo el arte de la medicina para hacer á su hermana volver en sí, y se logró; pero solo por algunos momentos y sin que le fuese posible hacerla articular una sola palabra. Habiéndola acometido enteramente los horrores de la muerte, falleció al cabo de una hora de ese desmayo dejando á la bella Elena y al generoso Thibaut abrumados de dolor. El de la amable jóven tenia muchos motivos. Como siempre habia creido á Marina su tía y á Thibaut su padre, le parecia un deber el sentir la muerte de una pariente que la habia amado tan tiernamente, pero cuando supo que aquella mujer no era su pariente y que no debia sus cuidados y los de su hermano mas que á la bondad de su corazon, la gratitud reemplazó en el suyo á la sangre y á la naturaleza, pareciéndole que debia mucho mas á unas personas que la habian criado, educado y amado como á su propia hija sin que lo fuese, que á los que le habian dado la vida que por una indispensable necesidad debian de hacer lo mismo y que sin embargo parecian haberla abandonado. Ese generoso impulso fué el primero que la hizo sensible á la muerte de Marina; y cuando la reflexion unió á él la oscuridad que esa pérdida derramaba

sobre su destino, tuvo necesidad de toda la razon de que la habia dotado el cielo para no sucumbir bajo ese golpe imprevisto. Thibaut no pensaba con tanta delicadeza, pero obraba con la misma sensatez, y aunque no entrevió como ella toda la desgracia de semejante misterio, no dejaba de juzgar que ella debia estar muy conmovida. Persuadido de esta verdad por las lágrimas que la veia derramar, la consoló como mejor pudo.

—No sé, le dijo, si os hubiera sido mas ventajoso el creer que érais mi hija que el saber que sois de alto linaje sin conocer á vuestros padres; pero sé que siempre me consideraré como vuestro padre, y para probároslo mejor os declaro que seáis lo que fuereis, sereis mi heredera. Mis bienes no son bastante considerables para haceros una posicion cual mereceis; pero si quereis permanecer conmigo, no omitiré nada para haceros olvidar vuestro infortunio. Haré mas; si lo que os ha dicho Marina os hace mirar con desprecio la situacion en que os hallais, estoy pronto á vender todo cuanto tengo y sacar de ello una suma capaz de manteneros en un convento, y ganar mi vida como pueda, para asegurar vuestro reposo.

Semejantes sentimientos presentados sin rodeos ni artificio, y cuyo adorno consistia en la sinceri-

dad, no podia menos de enternecer una alma virtuosa.

—No, padre mio, le respondió Elena, yo no quiero dejaros; no os ocultaré que siento un vivo dolor por el misterio de mi nacimiento, y que los impulsos de mi corazón me han anunciado siempre que era superior al vuestro: pero no me inducen á ruborizarme de pasar por vuestra hija, y creería merecer mi triste suerte, si aceptase la oferta que me haceis de sacrificarme el fruto de vuestras penas y largos trabajos. Yo he nacido con sentimientos elevados; os creía mi padre y no me ruborizaba; la gratitud en esta ocasion debe igualar á la naturaleza; no soy vuestra pariente, y sin embargo habeis hecho por mi todo lo que un padre está obligado á hacer por su hija; habeis adquirido ese título por cuidados y atenciones que yo debo de pagar con toda mi ternura; entrando en un claustro, os empobrecería y no estaría allí tan bien como á vuestro lado. La Providencia hará de mí lo que quiera, y yo me someto á sus decretos; pero no os abandonaré.

El generoso aldeano, no sintiéndose con bastante elocuencia para responder á este discurso, no replicó sino con lágrimas de gozo. Dió gracias á la hermosa Elena, como si esta le hubiese dado una grande fortuna, y la aseguró que la trataría no solo como á una hija, sino como á un ángel enviado del

cielo para consuelo de su vejez. Esta conversacion, habiendo conmovido á uno y otro, terminó con lágrimas y nuevos testimonios de gratitud y celo. Como la muerte de Marina quitaba á Elena una mujer útil, Thibaut, que no quería que esta tuviese ninguna fatiga en su casa, tomó dos aldeanas para servirle, y no omitió nada para hacerle su soledad menos desagradable. La hechicera jóven tenia demasiado talento y virtud para disgustarse: sometida á la voluntad del cielo, lejos de quejarse de su destino, empleaba una parte de su tiempo en darle gracias por haberla hecho caer en manos tan caritativas y le rogaba sin cesar derramase sobre Thibaut sus divinos favores, á fin de que fuese la recompensa de sus cuidados y atenciones. Tanta piedad no podia menos de tener un premio digno de ella.

Diez y ocho meses habian trascurrido desde la muerte de Marina, y la amable Elena tocaba ya á sus diez y siete años cuando, paseándose un dia con un libro en la mano por un espeso bosque bastante lejos de la casa de Thibaut, mientras que este hacia acarrear cepas que le eran necesarias, un lobo terrible y hambriento echó á correr hácia ella con tanto furor que la fuga y los gritos de Thibaut no la habrian preservado de ser devorada, sin el socorro de un jóven cazador que, con la escopeta al hombro, dirigia sus pasos hácia aquel lado. Habiendo los re-

doblados gritos de Elena y del viejo guiado sus miradas, vió al animal y el peligro de los que gritaban: pero ver el lobo, disparar y matarle, fué cosa de un momento.

Ese tiro casi milagroso hizo adelantar á Thibaut, quien reconociendo al que acababa de salvar á Elena, principiaba á hacerle grandes cumplimientos acompañados de un profundo respeto, cuando el cazador, cuyos ojos no se habian fijado siquiera en el lobo, sino en el objeto que habia querido devorar, se aproximó á la hermosa jóven á quien el temor del peligro, el asombro del socorro y la vista de su libertador habian dejado casi inmóvil.

—Este dia será el mas hermoso de mi vida, dijo saludándola, puesto que se ha marcado con la salvacion de la vuestra y la felicidad que me ha conducido á su socorro. Pero, añadió mirándola tiernamente, temo mucho que la muerte de ese animal sea causa de la pérdida de mi corazón.

—Mi padre y yo tendríamos un justo motivo para afligirnos, le respondió Elena ruborizándose, si el servicio que acabais de hacernos os fuese contrario.

—¿Cómo! repuso el cazador asombrado volviéndose hácia el viejo. Mi querido Thibaut, ¿es hija vuestra esta hermosa jóven?

—Sí, señor, respondió este, es el consuelo de mi

vejez y el único bien precioso para mí. Uno y otro vivimos en una grande soledad, y el poco uso que ella tiene del mundo debe haceros disculpar las faltas que puede cometer.

—Yo solo soy el que debe temer cometerlas, replicó el cazador. Pero, Thibaut, no os perdonaré el haberme ocultado este tesoro, hasta que me acordeis el ir algunas veces á vuestro retiro.

El aldeano respondió con profundas reverencias y no parecia léjos de acordar lo que se le pedia, cuando Elena dijo con modestia:

—No tenemos nada, señor, que sea digno de atraeros. Una jóven sin madre y de una condicion tan humilde como la nuestra, no debe comunicar con aquellos que son tan superiores á ella. Contentaos con nuestra gratitud y no disminuyais con una vana curiosidad el precio de la accion que acabais de hacer.

—Antes moriría que desagradaros, respondió el cazador. Pero cuando me conozcais, me lisonjeo de que mi vista no os será importuna. Tengo algun poder en estos lugares, y dueño de mi persona y mis bienes, soy libre de hacer con ellos una suerte feliz á aquellos que lo merecen por su virtud.

Los acompañó hablando de esta suerte hasta su habitación, y después de muchos discursos en el mismo tono, á los que Elena respondió siempre con tan-



to talento como cordura, se volvió tan lleno de amor como de admiracion. El jóven cazador era capaz de interesar un alma menos sensible que la de Elena, y la obligacion que esta acababa de contraer hácia él, unida á los encantos de su persona, puso bien pronto su tierno corazon en una situacion poco diferente de la suya, y no pudiendo resistir al deseo de conocerle, así que se halló sola con Thibaut le preguntó su nombre.

—Es el marqués de Salvian, la respondió. No hace mas que dos años que ha muerto su padre; único heredero de sus bienes, que son considerables, es uno de los mas ricos señores del país. Podia tener como unos doce años cuando Marina os trajo aquí, y ahora podrá tener como unos veintinueve. Yo he servido largo tiempo al marqués su padre, y como desde su muerte el hijo ha hecho muchas adquisiciones en este canton, tengo que guardarle miramientos. No está casado, y creo haber notado que no le sois indiferente. ¡Ah! hija mia, añadió el viejo, ¡qué contento moriria si mi retiro os hubiese procurado semejante fortuna!

Esta exclamacion hizo suspirar á Elena por las humillantes reflexiones que le sugirió.

—Los hombres de esa condicion, le dijo, no aspiran sino á las que pueden aumentar su rango y su fortuna, y cuando ponen la vista en las que le son

inferiores, es con designios tan contrarios á la virtud, que mas bien hay que ruborizarse que gloriarse de ello. El marqués de Salvian es amable, y le debo la vida, y hasta siento una secreta inclinacion unirse á mi gratitud; pero á pesar de estos impulsos involuntarios, en vano me ofreceria su mano y su corazon, si no los acompañase su fe, y sea cualquiera su rango, si él se desconociese hasta el punto de creer que me haria sensible por vias ilícitas, no seria para mí mas que un objeto de desprecio. De consiguiente tratemos de evitar una esperanza seductora. Salvian os cree mi padre, y nuestro estado rústico le lisonjea quizás con una indigna condescendencia: ponedle coto á esas ideas, y que el deseo de una felicidad quimérica no os ciegue hasta el punto de hacer os el instrumento de mi pérdida creyendo serlo de mi fortuna.

Thibaut, que solo tenia sentimientos de hombre honrado, la aseguró que no haria nunca nada contra su honor, añadiendo que tenia que obrar con circunspeccion con Salvian, por haber sido de su casa; que era preciso recibirle si venia; pero que si sus visitas llegaban á ser demasiado frecuentes, le hablaria de manera que terminase de un modo ú otro en ventaja suya.

Mientras que Elena y Thibaut no pensaban mas que en tomar precauciones contra el marqués de

Salvian, este por su parte solo pensaba en los medios de atraerlos á su castillo. Este jóven señor reunia en su persona todas las prendas que hacen un cumplido caballero; era adorado de toda la provincia, y se habian presentado los mejores partidos para inducirle al matrimonio; pero demasiado difícil en la elección de una esposa, y prefiriendo el juicio y sensatez á todas las otras ventajas, su corazón no habia podido determinarse. La vista de Elena acababa de hacer en un instante lo que no habian podido hacer muchas jóvenes beldades en muchos años; sus gracias, su modestia y los entantos de su talento, le habian asestado un dardo de que no habia podido garantirse; pero aunque su amor fuese tan violento como pronto, no se entregó á él sino despues de haberlo combatido con todas las razones capaces de detener sus progresos. Virtuoso por naturaleza, no examinaba sin dolor la necesidad de no formar mas que una intriga con una jóven que parecia merecer un afecto mas sólido. Por otra parte, como su nacimiento no le permitia empeñarse mas, sentia una repugnancia extrema á destruir una inocencia que el título de lugareña no le dispensaba de respetar. Además, aquella hija de Thibaut habia hecho ver en sus discursos un orgullo que le alarmaba; no osaba lisonjearse de hacerse amar de ella, y volviendo siempre á su principio natural, le pare-

cia odioso al querer atacar el honor de aquella á quien acaba de salvar la vida.

Un hombre capaz de hacer esa especie de reflexiones al principiar á amar, cesa fácilmente de ser cuerdo en el curso de su pasión. El marqués de Salvian hizo esta prueba, y aunque todos sus raciocinios no le impidiesen abandonarse á su amor, no pudiendo vencerlo, resolvió arreglarlo segun el carácter de la que él amaba, y conocerle tan perfectamente que no pudiera equivocarse. Pasó en estos sentimientos el resto del dia y una parte de la noche, sin que el sueño le apartase de pensar en la bella aldeana, cuyos tiernos atractivos ocupaba sin cesar su imaginacion, y habiéndose levantado mas enamorado aun que la víspera, montó á caballo y sin ninguna compañía se fué á casa de Thibaut. Elena estaba con este, y aunque se prometia esta visita, no dejó de turbarla y ruborizarla. El marqués lo percibió, y para disipar su embarazo, dió por pretexto de su llegada la inquietud en que le habia puesto sobre su salud la aventura del lobo, temiendo que el susto la hubiese alterado.

Elena le respondió cortésmente que la prontitud del socorro no le habia dado tiempo para asustarse, y que en aquel momento su corazón solo se habia agitado por la admiracion y la gratitud. La gracia con que acompañó sus palabras pusieron á Salvian